

LOS ULTIMOS MAGICOS

O

Los tejedores de ensueños

¡Salve, quinientas iglesias catalanas destruidas!

¡Salve, gran catedral de Vich, catedral de José María Sert!

(Del poema «A los mártires españoles», de Paul Claudel).

Ante la parroquia de Sitges, limpia e intacta, he recordado los lastimeros y grandiosos versos de Claudel, que muy pocos han leído y, que sin embargo, muchos se han atrevido a comentar. El por qué los he recordado puede que lo explique más adelante, ya que ahora le toca el turno a Sitges.

He llegado a él cuando casi se cumple el vigésimo quinto aniversario de la muerte de Santiago Rusiñol.

Y con Sitges, Rusiñol y su obra, me encuentro aquí.

Rusiñol, mordaz, satírico, barbado y cayado de peregrino, no es sólo el Rusiñol de «L'auca del senyor Esteve», ni el de los verdes pinceles en ristre de los jardines de Aranjuez sino que, siempre y ante todo, Rusiñol será y es el señor de Sitges.

¿Y Sitges, antes de llegar Rusiñol, qué era? El Principio, que si bien es verdad, no es poco.

Todas las cosas lo son, están ahí, ante nosotros, pero si no hay hombre, el Principio se estaciona, no hay transformación, no hay vitalidad, ni dinámica, ni fuerza, ni belleza...

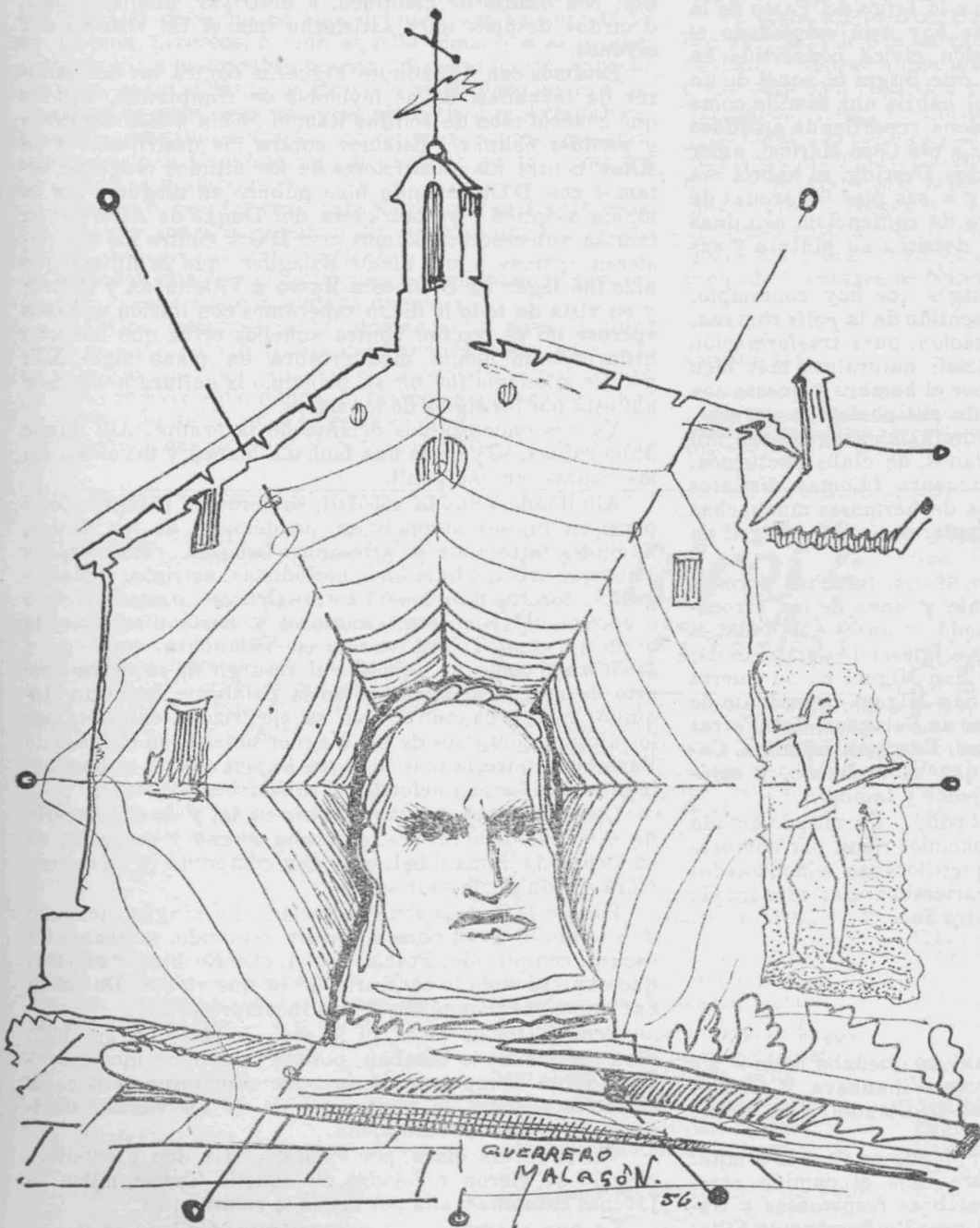
¿Qué le pasa a la meseta? Creo, buen Tomás, que ahí puede estar en parte la contestación. Que Castilla, por equis circunstancias políticas, sociales y económicas, es cierto que aún «crea» hombres, pero no hay Hombre que levante «Castillas» en el aire. ¡Piénsalo! Exigimos, sin movernos, todo de «nuestra» tierra. Hasta el posesivo «nuestra» es moruno, y moruna la fórmula: ¡Que trabaje ella!

Y dejamos a nuestra meseta que haga todo, y nuestra meseta pobre y agotada ya, no puede hacer más.

Ya no hay ni embrujo, ni duende, ni mito, ni leyenda, ni ingenio, ni anécdota...

A Cataluña, con todo esto «tan sencillito», la han hecho sus Hombres. No vayamos ahora al tópico industrial de sus grandes núcleos urbanos porque aquello es otra cosa, necesaria, y allí está bien como aquí lo van estando Getafe, Villaverde y Aranjuez. Vayamos al bosque o a la montaña, a las arenas de las playas o a las rocas de los acantilados, y allí veremos que creó con el Principio, transformando la naturaleza, creó, repito, de lo menos necesario lo más hermoso «para poder vivir».

Prepotentes, vigorosos y magníficos los varones del Mediterráneo griego y romano, «hicieron» su época, su tiempo, su estilo, su forma



Los tejedores de ensueño.—La Ermita de San Cristóbal en Villanueva y Geltrú, es la Ermita de Eugenio D'Ors.